

Vereia el día 10 de Octubre y pasó á cuchillo la guarnición. El campesino Gerásimo Kourine reunió 5.800 hombres á sus órdenes, para «combatir por la patria y el santo templo de la Virgen contra un enemigo que amenazaba con el incendio de todas las poblaciones y con arrancar el pellejo á todos los habitantes.» Las mismas mujeres, como la campesina Basilisa y la señorita Nadijda Dourowa, tomaban parte en estas expediciones.

«Los Rusos se mostraban admirados al ver nuestra tranquilidad ante la proximidad del invierno, llegando hasta á compadecernos. En quince días, nos decían, se os caerán las uñas y se escaparán las armas de vuestras manos, hinchadas y casi yertas.» Napoleón continuaba esperando, y mientras tanto la temperatura continuaba descendiendo. En un célebre poema oriental, *Ibn Arabihah*, el genio del invierno se aparece á Timur sobre la helada estepa en el momento en que invade la Moscovia, y le apostrofa en estos términos: «Detén tu rápida carrera, detente, loco tirano! Si tú eres un demonio del infierno, también lo soy yo. Tú te enorgulleces con tus ejércitos, pero los días de mi invierno, Dios mediante, son tan mortíferos como ellos; mi venganza te aplastará.» Napoleón, lleno de ansiedad, pasaba las noches discutiendo con Daru. «La retirada sería confesarse vencido, y el primer paso que diésemos en este sentido sería acaso el origen de una espantosa serie de guerras horribles. Cuando uno se equivoca, decía, hay que perseverar en la equivocación, lo cual siempre inspira respeto.» Daru le propuso convertir Moscou en un campo atrincherado y pasar en él el invierno, pero Napoleón se negó á seguir este «consejo de león (1).»

A las primeras nevadas procuró ya salir de Moscou, para lo cual mandó evacuar los hospitales, poniendo en marcha los primeros convoyes y ordenando la adquisición de 20.000 caballos y de forrajes para dos meses. Los alrededores eran suficientes para atender al sustento del ejército siquiera un solo día, y él mismo, por otra parte no se mostraba dispuesto á emprender la retirada, hasta que por fin, roto el armisticio por los Rusos, comenzó á idear varios planes para

(1) Napoleón decía que Daru «tenía el valor del león y la constancia del buey.»

realizarla. El día 18 de Octubre, Murat fué atacado en Winkowó por Kutusof, perdiendo en el combate 3 ó 4.000 hombres, 12 cañones y 30 furgones, quedando destruída su vanguardia. Napoleón, ante esta noticia, recobró el vigor de su juventud é inmediatamente dió sus órdenes, saliendo de Moscou, desde el día 8 al día 23, 90.000 hombres con 600 cañones, 2.000 cajas de municiones y 50.000 inútiles; el día 19 salió de la ciudad, que se había propuesto evacuar ya el día 16. «¡Marchemos sobre Kalouga, dijo, y desgraciados los que se opongan á nuestro paso!» Habiendo entrado en Moscou con 90.000 combatientes y 20.000 enfermos y heridos, salía ahora con 100.000 combatientes, dejando sólo 1.200 enfermos; tenía aún 550 cañones y 2.000 furgones de artillería. Seguían tras este ejército una multitud de carros cargados de trofeos, entre los cuales figuraba la gigantesca cruz de plata del gran Iván, y gran número de carri-coches, cargados de botín y arrastrados por merodeadores (1).

Engañando á Kutusof, pudo pasar el ejército desde el antiguo camino de Moscou al nuevo (23 de Octubre); se hubiese podido llegar á Malo-Jaroslawetz en cuatro días, pero se emplearon seis. Una brillante acción, en la que 18.000 franco-italianos, mandados por el príncipe Eugenio, rechazaron á 50.000 rusos, proporcionó la posesión de esta ciudad y de su llanura, pero á costa de 4.000 hombres, entre ellos siete generales; Kutusof acampó en una meseta á la entrada de los bosques, con 126.000 hombres y 700 piezas de artillería, cerrando los caminos del Oeste y del Sudoeste hacia Medyn y Kalouga. En Malo-Jaroslawetz celebró Napoleón consejo de guerra, en el que Murat, según su costumbre, propuso atacar; pero Bessieres disuadió de hacerlo al Emperador, el cual se decidió por fin á la retirada. Aceptada ésta, Davout propuso pasar por Medyn y Smolensko, «camino el más corto á través de un terreno fértil, todavía virgen, apto para aprovisionar al ejército por sus riquezas y por sus poblaciones aun florecientes.» Pero ante la noticia de un pequeño encuentro con los cosacos y ante la opinión casi unánime de sus generales, Napoleón

(1) El número de los no combatientes que seguían al ejército puede calcularse en unos 50.000 hombres.

se decidió por el camino de Mojaisk, ó sea el camino del Norte, decisión que le costó tanto que se desmayó al dar la orden, pues comprendía los peligros que entrañaba el volver á atravesar comarcas agotadas ya por el primer paso del ejército, pero había perdido la confianza en sí mismo.

En tanto los Franceses emprendían la retirada, Kutusof marchaba precisamente hacia el Sur, á pesar del inglés Wilson, que le incitaba á presentar batalla. Kutusof, juzgando que valía más seguir el consejo de «á enemigo que huye, puente de plata,» abandonar el campo que comprometer el ejército y el imperio, le decía: «¿Acaso no huye Napoleón? ¿por qué, pues, detenerle y obligarle á vencer? Basta el clima contra él; de todos los aliados con que cuenta Rusia, el invierno es el más seguro; debemos confiar en su auxilio.» Sus tropas se adelantaron, pues, á fin de interceptar el paso; Napoleón hubiera podido destruirlas, pero su única preocupación era regresar á Francia. El 26 de Octubre comenzó efectivamente la retirada.

En Vereia se reunió Mortier, procedente de Moscou, con Napoleón, de cuya ciudad salió en el último momento, después de haber ordenado la voladura del Kremlin. Al reunirse con el Emperador, Mortier le presentó Wintzingerode, al cual había hecho prisionero y que después fué libertado por los cosacos en Lituania. Napoleón se vió obligado á proteger su retirada valiéndose de los mismos medios empleados por los Rusos para combatir la invasión, por lo cual incendió las poblaciones que dejaba á su paso. En 28 de Octubre llegó á Mojaisk, por donde pasó de largo, viéndose en el caso de abandonar una parte de sus enfermos, y al saber que los Rusos se dirigían hacia Viazma para cortar el camino de Francia, apresuró su marcha; atravesó luego el campo de batalla del Moscowa, cuyo suelo conservaba todavía las huellas del combate, y estaba completamente devastado y cubierto de restos de armamentos, uniformes y banderas, y de unos 30.000 cadáveres, encontrando en él á un francés que vivía aún. Napoleón, al llegar á Kolotskoi, mandó recoger los heridos menos graves, encargando uno á cada carruaje, pero los vivanderos los arrojaron pronto á las cunetas del camino. Las fuerzas hispano-portuguesas fusilaban durante la marcha á los prisioneros rusos; Napoleón lo supo, pero como en aquellos momentos no podían ni canjearlos ni soltarlos, hubie-

ron de morir de hambre, como morían también por otra parte tantos franceses. En dos jornadas pasó el Emperador desde Giatz á Viazma, en donde esperó treinta y seis horas al príncipe Eugenio y á Davout, á quienes reemplazó en la retaguardia por Ney con el sexto cuerpo.

El día 6 de Noviembre apareció nublado, comenzando en seguida una copiosa nevada, que lo cubrió todo completamente. «Los soldados, dice Segur, sin víveres y sin fuego, se arrastraban gimiendo; caían y



Salida de Moscou del ejército francés en 1812. (Grabado alemán de la época, copia de un cuadro del pintor alemán Klein)

en seguida quedaban cubiertos de nieve, distinguiéndose tan sólo sus cuerpos por ligeras ondulaciones de aquel blanco sudario, de las cuales estaba sembrado todo el camino, formando un vasto cementerio; los más animosos ó más indiferentes, sentíanse afectados ante este espectáculo, apartando la vista y alejándose de él con rapidez; pero ante ellos y á su alrededor todo era nieve, perdiéndose la mirada en aquella inmensa uniformidad.»

Après la plaine blanche, une autre plaine blanche.

Las armas caían de las manos de los soldados, cuyos dedos dejaban completamente helados; así caminaban todos á la ventura, des-

armados y sin mochilas, como si fuesen prisioneros, dándose por muy felices de no caer en manos de los cosacos, que los desnudaban y les dejaban morir sobre la nieve (1). «Cada uno marchaba como le parecía, dice Coignet; nada de ese sentimiento de humanidad que sentimos los unos por los otros, nadie hubiera dado la mano á su propio padre. Parecía haberse extinguido completamente todo sentimiento, y ni siquiera se murmuraba contra la adversidad.» Muchos de los que tenían sus manos yertas por el frío y no podían recoger su parte de leña para el fuego del vivac, eran excluidos de él inhumanamente. Estos mismos desgraciados sin manos y aquellos que no tenían sable ni cuchillo se arrodillaban ó tendían en el suelo para comer á bocados la carne de los caballos muertos, tendidos en el camino, sucediendo con frecuencia que ya no encontraban de ellos más que algunos residuos sangrientos, pegados á la osamenta, que otros compañeros más felices habían despreciado. Cuando á su paso hallaban una casa la incendiaban en seguida, y meditabundos y silenciosos formaban entonces un vasto círculo á su alrededor. «El camino,—dice Labaume,—estaba cubierto de soldados que parecían espectros, que el enemigo no se tomaba siquiera la molestia de hacer prisioneros. Los unos se habían quedado sordos, otros habían perdido el habla, y muchos, á causa del frío y del hambre, habían quedado reducidos á tal estado de estupidez y de locura que asaban los cadáveres humanos para comerse los ó se comían sus propias manos y brazos.» Véanse algunos que «con risa convulsiva se arrojaban á las hogueras y morían lanzando espantosos gritos y en medio de horribles contorsiones,» mientras que los otros les miraban, imitándoles después y sufriendo la misma muerte (2). Durante la noche la nieve extinguía el fuego de los vivaques, que sólo se reconocían al día siguiente por los cadáveres de los soldados y de los caballos. Percibíase sin cesar el ruido especial, cuya

(1) Para hacer más rápida la persecución, los cosacos empleaban con frecuencia ligeros trineos.

(2) Hubo, sin embargo, en honor de la humanidad, numerosos ejemplos de cariño y de abnegación aun en medio de tan espantosas angustias. La habilidad de algunos se demostró también en esta ocasión. Un general tuvo siempre comida asegurada, sin haberse de proveer nunca de víveres, gracias á haber conservado una marmita que llevaba siempre consigo, por lo que era muy buscado en todos los vivaques, donde se le entregaba con mucho gusto la mejor tajada á cambio del préstamo de su utensilio.

causa no tardó mucho en conocerse, que hacían las ruedas de los furgones al aplastar los cadáveres sepultados bajo la nieve. En Sembwo se arrojaron á un lago los objetos recogidos en Moscou: cañones, armaduras góticas y la cruz de plata macisa de Iván el Grande.

Al formar Ney la retaguardia, comprendió que debía sacrificarse para salvar al ejército. La marcha desde Viazma fué un combate continuo de diez días; un furioso ataque del 4.º regimiento contuvo á los Rusos y permitió la llegada á Smolensko en el momento en que el



Retirada del grande ejército francés. (Copia de un grabado alemán de la época)

enemigo iba á penetrar en ella. Hasta entonces, una última esperanza había sostenido el ánimo de los restos del ejército: «En Smolensko, decían, encontraremos en abundancia todo lo necesario.» Napoleón mismo contaba hallar allí vestidos, armas, calzado, grandes cantidades de forraje y víveres para quince días para un ejército de cien mil hombres; pero no se encontró más que aguardiente, arroz y harina en pequeña cantidad, pues el ejército de Víctor, los enfermos y los rezagados habían agotado los almacenes, por lo que era imposible detenerse más en aquel punto.

En el Norte, frente á Polotsk, Gouvión Saint-Cyr, reducido á 17.000 hombres, muertos de fatiga y de hambre, ante los 52.000 que mandaba Wittgenstein, rechazó siete veces seguidas los ataques del enemigo y logró retirarse, cubriendo el camino de Orcha á Borizow.